

munidad. Tal era su dura y triste religión, de una democracia emancipada del pasado, á fuerza de castigos, condenada de nuevo á trabajos forzados; la felicidad decretada bajo la férula obedecida de los maestros.

—Fuera del catolicismo no hay más que tinieblas,—repitió con obstinación el cura.

—¡Pero si se desmorona!—exclamó Hermeline.—Por eso necesitamos construir otra armazón social.

El clérigo tenía sin duda conciencia de la suprema batalla que el catolicismo daba al espíritu de la ciencia, que iba venciendo día por día. Pero no quería reconocerlo; ni siquiera confesaba que poco á poco la iglesia se le quedaba vacía.

—¡El catolicismo!—replicó.—Su trabazón es tan sólida, tan eterna, tan divina, que vosotros mismos la copiáis, cuando habláis de reconstruir no sé que estado ateo, en que Dios sería reemplazado por un mecanismo que instruiría y gobernaría á los hombres!

—¡Un mecanismo! ¿Y por qué nó?—gritó Hermeline, exasperado por lo que tenía de verdad el ataque del clérigo.—Roma no ha sido jamás más que la prensa de un lagar, que se ha bebido la sangre del mundo.

Cuando la discusión llegaba á ser tan violenta, el doctor Novarre intervenía con aire sonriente y conciliador.

—Vamos, vamos, no hay que acalorarse. Poco les falta á ustedes para entenderse, puesto que cada cual acusa al otro de que le copia la religión.

Novarre, pequeño, endeble, de nariz delgada y ojos finos, era tolerante, muy suave, algo irónico, y entregado á la ciencia; huía de tomar con calor las cuestiones políticas y sociales. Decía como Jordán, del que era muy amigo, que él se casaba con la verdad, el día en que esta quedaba demostrada científicamente. Por lo demás, muy modesto, hasta tímido, sin ninguna ambición, se contentaba con cuidar á sus enfermos lo mejor que podía: sin más pasión que el cultivo de sus rosales, entre los cuatro

muros de su jardín, pequeño, donde vivía á sus solas, en paz venturosa.

Hasta entonces Lucas se había contentado con oír; pero al fin se acordó de su lectura de la noche, y habló.

—Lo terrible, en nuestras escuelas, es que se parte de la idea de que el hombre es malo, de que trae consigo, al nacer, la rebeldía y la pereza, y que hace falta todo un sistema de castigos y recompensas, si se quiere sacar de él algo bueno. Así, se ha hecho de la instrucción una tortura, el estudio ha llegado á ser tan áspero para nuestros cerebros, como los trabajos manuales para nuestros miembros. Nuestros profesores se han convertido en cómitres de las galeras universitarias, y su misión es petrificar las inteligencias, según los programas, metiéndolas todas en el mismo molde, sin tener en cuenta las individualidades diversas. No son más que matadores de iniciativas, aplastan el espíritu crítico, el libre examen, el despertar personal del talento, bajo el montón de las ideas hechas, de las verdades oficiales; y lo peor es, que así se daña el carácter tan profundamente como la inteligencia, y que tal enseñanza solo produce impotentes é hipócritas.

Hermeline debió creerse personalmente aludido, y con tono agrio interrumpió:

—Pero, ¿cómo quiere usted que se proceda, caballero? ¿paya usted á reemplazarme en mi puesto, y usted verá lo que saca de los chicos, si no los somete á una misma disciplina, como maestro que para ellos es encarnación de la autoridad.

—El maestro,—continuó Lucas, con aire soñador,—no debe hacer más que despertar energías. Es un profesor de energía individual, encargado, sencillamente, de descubrir la aptitud del niño, con motivo de la enseñanza, provocando el desenvolvimiento de su personalidad. Hay en el hombre una inmensa, una insaciable necesidad de aprender, de saber, que debiera ser el único acicate del estudio, sin que hiciera falta castigar ni recompensar. Bastaría evi-

dentamente con facilitar á cada cual el estudio que le agradase, dándole atráctivo, y dejándole entregarse á él, y progresar por la fuerza de su propia comprensión, con el placer de los continuos descubrimientos. ¿En que consiste todo el problema de la educación y de la instrucción? En que los hombres hagan hombres, tratándoles como hombres.

Marle, el cura, que acababa su taza de café, se encogió de hombros, y como sacerdote, á quien el dogma hace infalible, dijo:

—El pecado está en el hombre; solo puede salvarse por la penitencia. La pereza, uno de los pecados capitales, no se expía más que por el trabajo, castigo que Dibs impuso al hombre después de la culpa.

—Pero eso es un error señor cura,—dijo tranquilamente el doctor Novarre,—la pereza no es más que una enfermedad, cuando existe realmente; quiero decir cuando el cuerpo rechaza todo trabajo y repugna la menor fatiga. En tal caso, esté usted seguro de que esta flojedad invencible anuncia graves desórdenes interiores. No siendo así ¿dónde ha visto usted esos perezosos? Tomemos por ejemplo los ociosos de raza, de hábito y por gusto. Una mujer mundana que baila toda la noche ¿no se quema los ojos más, no hace un gasto de fuerza muscular mucho mayor que una obrera, clavada delante de su mesa, bordando hasta la mañana? ¿Esos hombres de vida disipada, alegre, en continua exhibición, en constantes fiestas, que los agotan, ¿no aceptan cargas tan duras, como las faenas de los obreros, que trabajan delante de un banco en el torno? Acuérdense ustedes de la alegría con que, al dejar una tarea que nos repugna, nos lanzamos al juego violento, que quebranta nuestros miembros. Quiere decirse, que el trabajo, la fatiga física, solo es una carga, cuando no es de nuestro gusto. Y si se llegara á no imponer á nadie más que el trabajo agradable, libremente escogido, de seguro no habría perezosos.

Ahora fué Hermeline quien se encogió de hombros.

—Pregunte usted á un niño que prefiere, la gramática ó la aritmética. Responderá que más le gusta quedarse sin las dos. La experiencia lo dice. El niño es un arbolillo, que hay que enderezar y corregir.

—Y no se corrige,—concluyó el clerigo, de acuerdo esta vez con el maestro,—más que aniquilando en el hombre todo lo que el pecado original ha dejado en él de vergonzoso y de diabólico.

Hubo un momento de silencio. Scurette escuchaba con atención, mientras Jordan miraba la lontananza, por una de las ventanas, y dejaba á su fantasía vagar bajo los árboles corpulentos. Lucas reconocía en todo aquello la concepción pesimista del catolicismo, acogida por los sectarios de un progreso que decretaba el Estado, á fuerza de autoridad. El hombre se había condenado, perdido, la primera vez; después se había redimido y estaba en peligro de perderse otra vez. Un Dios envidioso y colérico, le trataba como á niño, que siempre estaba en falta, se acosaba sus pasiones, se luchaba, hacia siglos, por anularlas, se hacían esfuerzos para matar el hombre en el hombre, Y otra vez, evocaba Lucas á Fourier,³ con las pasiones utilizadas, ennoblecidas, convertidas en energías necesarias y creadoras, con el hombre al fin emancipado del peso abrumador é inmortal de las religiones de la nada, que no son más que atroz policía social, para mantener la usurpación de los poderosos y de los ricos. Entonces, sumido en su ensueño, Lucas replicó lentamente, como pensando en alta voz:

—Bastaría convencer al hombre de esta verdad: que la mayor dicha posible de cada cual está en la mayor dicha realizada de todos.

Pero Hermeline y el cura, se echaron á reir.—¡Bonito remedio!—dijo irónicamente el maestro,—comienza usted por despertar las energías, para destruir el interés personal. Explíqueme usted esto. Cuando el hombre no traba-

je para sí, ¿qué palanca le movería á la acción? El interés personal es el fuego bajo la caldera, se le encuentra en el nacimiento de cada trabajo. Y usted lo aniquila, comienza por castrar el egoísmo del hombre, usted que le quería con todos sus instintos... ¿Sin duda cuenta usted con la conciencia, con la idea del honor y del deber?

—No necesito contar con eso,—respondió Lucas, en el mismo tono tranquilo.—Por lo demás, el egoísmo, tal como lo hemos entendido hasta ahora, nos ha dado una sociedad tan espantosa, asolada por tantos odios y sufrimientos, que bien podemos permitirnos ensayar otro factor. Pero repito que acepto el egoísmo, si se entiende por tal el muy legítimo deseo, la invencible necesidad que todos tenemos, de ser dichosos. Lejos de destruir el interés personal, lo refuerzo precisándolo, haciendo de él lo que debe ser, para crear la ciudad dichosa, en que la ventura de todos realizará la de cada cual; y basta para ello que estemos convencidos de que trabajamos para nosotros, trabajando para los demás. La injusticia social siembra el odio eterno, y recoge el universal dolor. Por eso hace falta entenderse, reorganizar el trabajo, basándolo en esta verdad, cierta, que la suma más grande de nuestras felicidades se formará un día con todas las felicidades, en todos los hogares de nuestros vecinos.

Sonreía burlón Hermeline, y Marle el cura, volvió á hablar.

—Amaos los unos á los otros, esa es la moral de nuestro divino maestro Jesús. Pero también ha dicho que la felicidad no era de este mundo; y es una culpable locura querer realizar sobre la tierra el reino de Dios, que está en el cielo.

—Pues se realizará algún día,—dijo Lucas.—Todo el esfuerzo de la humanidad en marcha, todo el progreso, toda la ciencia, van á esa ciudad futura.

Pero el maestro, que ya no le escuchaba, lo tomó otra vez con el clérigo.

—¡Ah! no, señor cura, no hay que volver con la promesa de un paraíso, que engaña á los pobres diablos! Además, vuestro Jesús es nuestro, nos lo habéis quitado, le habéis acomodado á las exigencias de vuestra dominación. En el fondo, no era más que un revolucionario y un libre-pensador.

Volvieron á la batalla, y fué preciso que el doctor No-varre los separase otra vez, dando la razón ya á uno ya á otro. Como siempre, es claro, la cuestión quedó pendiente; jamás mediaba una solución decisiva. Ya habían tomado el café, hacia mucho tiempo, y fué Jordán, caviloso, quien dijo la última palabra.

—La única verdad está en el trabajo; el mundo será, algún día, lo que el trabajo haga de él.

Y Scurette, que había escuchado con gran interés á Lucas, sin intervenir, habló de un asilo, que tenia pensado, para los niños de pocos años, de las obreras empleadas en las fábricas. Desde este momento, la conversación entre médico, maestro y sacerdote, fué amable, amistosa; hablaron de los medios prácticos para poner en planta aquel asilo, y evitar en él los abusos de los establecimientos similares. En el parque, la sombra de los altos árboles se extendía alargándose sobre la pradera, en tanto que posaban el vuelo sobre la yerba, las palomas zuritas, esponjándose al dorado sol de Septiembre.

Ya eran las cuatro, cuando los tres convidados dejaron la Crécherie. Jordán y Lucas los acompañaron hasta las primeras casas de la ciudad, por mover un poco las piernas. Luego, al volver, á través de los terrenos pedregosos, que Jordán dejaba improductivos, quiso este dar un rodeo, prolongando el paseo y llegando á casa de Lange, el alfarero. Le habia dejado instalarse en un rincón silvestre y perdido en su dominio, más abajo del horno alto, sin pedirle ninguna clase de renta. Lange, lo mismo que Mortain, habia convertido en vivienda una cueva, abierta por los antiguos torrentes, en la base de los Montes Bleuses,

en el costado de la gigantesca muralla que formaba el promontorio. Y había llegado á construir tres hornos, cerca de la ladera, donde cocía la arcilla: y allí vivía, sin Dios ni amo, en la libre independencia de su trabajo.

—Sin duda, es un exaltado,—añadió Jordán, á quien Lucas preguntaba con mucho interés.—Lo que usted me ha dicho, su arranque violento de la otra noche, en la calle de Brías, no me asombra, por ser suyo; y ha tenido suerte en que lo soltaran, porque podía haberlo pasado mal, por lo mucho que se compromete. Pero no puede usted figurarse lo inteligente que es, y el arte que pone en sus sencillas vasijas de barro, á pesar de que no tiene instrucción alguna. Ha nacido aquí, de obreros pobres, huérfano á los diez años, obligado á servir de peón á los albañiles; después, aprendió el oficio de alfarero, llegó á ser patrono de sí mismo, como él dice riendo, desde que le permití instalarse en mis dominios... Me interesan, sobre todo, sus ensayos en tierras refractarias, pues ya sabe usted que busco la que pueda resistir mejor las terribles temperaturas de los hornos eléctricos.

Lucas al levantar los ojos, distinguió entre la maleza todo un campamento de bárbaro, rodeado de un muro pequeño de piedra seca. En el umbral, una joven morena, alta y hermosa, estaba en pie.

—¿Está casado?—preguntó Lucas.

—No, pero vive con esa joven, que es á la vez su esclava y su mujer... Toda una historia. Hace cinco años, tenía ella quince apenas, la encontró enferma, moribunda, en una zanja, abandonada allí, sin duda, por alguna banda de bohemios. Jamás se ha sabido claramente de donde venía, y ella calla, si la preguntan. Lange se la llevó á casa á cuestras; la cuidó, la curó, y no sabe usted que ardiente gratitud le consagró esa muchacha; es para él como un perro, una cosa... No traía zapatos, cuando la recogió; todavía hoy apenas se los pone, más que para bajar á la ciudad. De suerte, que en toda la comarca, y Lange tam-

bién, la llaman, la Descalza... No emplea más obrero que ella; la Descalza es su peón, y también le ayuda á arrastrar el cochecillo en que pasea su cacharrería, de feria en feria. Esa es su manera de colocar sus productos, bien conocidos en toda la región.

De pie, en el umbral del estrecho recinto, cerrado por una verja, la Descalza miraba llegar á aquellos señores; y pudo Lucas verla á su sabor, con su faz morena, de grandes facciones regulares y atezadas, la cabellera negra como tinta, los ojos grandes, de salvaje, que se llenaban de una dulzura inefable, cuando miraban á Lange. Reparó sus pies desnudos, de niña, de bronce claro, que pisaban el suelo arcilloso, siempre húmedo; estaba en traje de faena, cubierta apenas por una tela gris, enseñando la pierna fina de lidiadora, sus brazos nervudos, el seno duro y pequeño. Después de asegurarse de que el caballero que acompañaba al dueño del dominio debía de ser un amigo, dejó el puesto de observación y volvió junto al horno que cuidaba, en cuanto avisó al amo.

—¡Ah! ¡es usted señor Jordán!—exclamó Lange, presentándose.—Figúrese usted, que, desde la aventura de la otra noche, la Descalza se imagina á cada instante que vienen á prenderme. Y creo que si algún polizante se presentara no saldría entero de sus uñas... Vendrá usted á ver mis nuevos ladrillos refractarios. Aquí los tiene usted. Yo le explicaré su composición.

Lucas reconocía perfectamente al hombrecillo rudo, y como nudoso, que había entrevisto, en la obscuridad de la calle de Brías, anunciando la inevitable catástrofe final, lanzando el anatema sobre la ciudad de Beauclair, co-trompida, condenada por sus crímenes. Pero ahora, que podía detallar sus facciones, admiraba su ancha frente, que desaparecía bajo la negra maleza del cabello, sus ojos vivos, llenos de inteligencia, por donde pasaban súbitas llamas de cólera; y sobre todo, bajo aquella corteza grose-

ra, bajo la aparente violencia, le sorprendía adivinar una alma contemplativa, un amable soñador, un simple poeta rústico, que por lo absoluto de su ideal de justicia, iba á dar al deseo de hacer saltar el viejo mundo culpable.

Jordan, después de presentarle á Lucas, como un ingeniero, amigo suyo, quiso que Lange le enseñara lo que en broma llamaba él su museo.

—Si tiene usted gusto en ello... Todo lo hago por divertirme; son cachivaches, que llevo al horno por distraerme... Ahí los tiene usted. Todo ese barro, bajo ese cobertizo... Puede usted verlo, mientras yo explico mis ladrillos al señor Jordan.

Creció el asombro de Lucas. Había bajo el cobertizo monigotes de loza, vasos, pucheros, platos de formas y de colores singulares, que aun demostrando una gran ignorancia, eran deliciosos por su original sencillez candorosa. Los azares del fuego se manifestaban arrogantes, brillaban los esmaltes con inaudita riqueza de tonos; pero lo que más le asombraba en la alfarería corriente que Lange fabricaba para su clientela ordinaria de los mercados y de las ferias, la vajilla, las ollas, los cántaros, los barreños, era la elegancia de las formas, lo agradable de los colores puros, toda una feliz florescencia del genio popular. Parecía que el alfarero había sacado este genio de su raza; que sus obras, en las que alentaba el alma del pueblo, nacían naturalmente, de sus dedos, gordos, como si hubiese vuelto á encontrar por instinto los moldes primitivos de una belleza práctica admirable. La obra maestra se realizaba en cada empeño, en cada objeto era según su uso lo pedía, y por esto, de una verdad sencilla, llena de gracia.

Cuando Lange volvió con Jordán, que le había encargado algunos centenares de ladrillos para experimentar un nuevo horno eléctrico, recibió sonriendo los plácemes de Lucas, que se maravillaba del tono alegre de aquella loza, tan ligera, de púrpura y azul, florida, brillando al sol.

—Sí, sí, esto es meter las amapolas y los azulejos de

los trigos por las casas... Siempre he creído que se debía adornar con esto los tejados y fachadas. No saldría muy caro, si los comerciantes no robasen; y ya vería usted que hermosa parecía así una ciudad, un verdadero ramillete, entre el verdor... Pero no se puede hacer nada, con estos sucios de burgueses del día.

Y volvió en seguida á su pasión de sectario; á sus ideas de anarquía extremosa, que había adquirido en algunos folletos que habían llegado á él, y quedado en su poder, ni él mismo sabía por qué casualidad. Por lo pronto, había que destruirlo todo, apoderarse por la revolución de todo; la salvación no estaba más que en la destrucción de toda autoridad; pues, si quedaba un solo poder en pie, aún ínfimo, bastaría para la reconstrucción del edificio entero de iniquidad y tiranía. En seguida, la *commune* libre podría establecerse, sin gobierno alguno, gracias al acuerdo de los grupos, variados sin cesar, continuamente modificados, según las necesidades y los deseos de cada cual.

Admiróse Lucas de volver á dar con estas teorías, con las series de Fourier: pues el sueño final era el mismo, invocar las pasiones creadoras, la expansión del individuo emancipado en una sociedad harmónica, en que el bien de cada ciudadano necesitaba del bien de todos; pero los caminos eran diferentes, el anarquista no era más que un fourierista, un colectivista desengañado, exasperado, que no creía en los medios políticos, resuelto á conquistar por la fuerza, por el exterminio, la felicidad social, puesto que siglos y siglos de lenta evolución, al parecer, no la daban. La catástrofe, el volcán estaba en la naturaleza. Así que, cuando Lucas nombró á Bonnaire, Lange mostró una ironía y trató al maestro fundidor con más amargo desden que si fuera un burgués. ¡Ah! si; el cuartel de Bonnaire, ese colectivismo en que estaría uno numerado y disciplinado, en prisiones, como en un presidio. Y extendiendo el puño hacia Beauclair, cuyos cercanos tejados terminaba desde allí, volvió á sus lamentaciones, á sus

maldiciones de profeta, lanzadas contra la ciudad corrompida, que el fuego iba á destruir, y que sería arrasada para que de sus cenizas naciese al fin la ciudad de verdad y de justicia.

Pasmado de tanta violencia, Jordán le miraba con curiosidad.

—Pero vamos á ver, Lange, amigo mío; usted no me parece desgraciado.

—Yo, señor Jordán, soy muy feliz, todo lo feliz que se puede ser... Vivo aquí libre, esto es casi la anarquía realizada. Usted me ha dejado tomar este pedazo de tierra, de la tierra que es de todos; y soy mi amo, no pago alquiler á nadie. Después trabajo á mi antojo, ni tengo patrono que me aplaste, ni jornalero á quien yo aplastar; vendo yo mismo mis ollas y mis cántaros, á la buena gente que los necesita, sin que me roben los comerciantes, ni permitan robar á los compradores. Y todavía me queda tiempo para divertirme, cuando se me antoja, en cocer estos muñecos de loza, estos cacharros, estos azulejos llenos de adornos, cuyos vivos colores me alegran los ojos... ¡Oh, oh! aquí no nos quejamos, estamos contentos con la vida cuando el sol nos alegra, ¿no es así, amiga Descalza?

La joven se había acercado, medio desnuda y en su traje de faena, con las manos teñidas del color rosado de la vasija que acababa de sacar del horno. Y sonreía, de una manera, mirando al hombre, al dios, cuya sierva había hecho, á quien daba cuerpo y alma en continuo regalo.

—Pero esto no quita.—prosiguió Lange,—que haya demasiados pobres maricas, que aguantan, y que haya que volar á Beauclair un día de estos, para reedificarlo con conciencia. Solo la propaganda por el hecho, la bomba, para despertar al pueblo... ¿Y qué me dice usted de esto? ¿Tengo aquí lo necesario para preparar dos ó tres docenas de bombas, de una fuerza extraordinaria. Bueno, pues el mejor día salgo por ahí con mi coche, al cual yo me empujo

cho y que la Descalza empuja por detrás. Y que pesa por cierto cuando vá cargado de cacharros, y hay que arrastrarlo por los malos caminos de las aldeas, de mercado en mercado. Es justo de cuando en cuando un descansito bajo los árboles donde hay fuentes... Pero ese día no salimos de Beauclair: vá una bomba escondida en cada olla, dejamos una en la Sub-prefectura, otra en la Alcaldía, otra en la Audiencia, otra en la cárcel, otra en la iglesia, en fin, donde quiera que se encuentre una autoridad que destruir. Arden las mechas, el fuego trabaja oculto el tiempo necesario, luego de un golpe salta Beauclair; una espantosa erupción de volcán lo quema y se lo lleva... ¡Eh! ¿qué tal? ¿qué les parece de mi paseito con mi coche, del reparto de ollas que fabrico, en bien del género humano?

Y reía con risa estática, el rostro demudado; y como la moza morena también riese con él, añadió:

—¿No es eso Descalza? yo tiraré y tu empujarás, será un paseo, aún más divertido que el de la ribera del Mionna, bajo los sauces, cuando vamos á la feria de Magnolles.

Jordán no discutió; no hizo más que un ademán, dando á entender lo disparatada que parecía semejante idea, al sabio que llevaba dentro de sí. Pero cuando, después de despedirse, estuvieron en el camino de la Crécherie, sintió Lucas que llevaba consigo la impresión, que le estremecía, de aquella gran poesía negra, de aquel sueño de felicidad por la destrucción, que sin cesar agitaba el cerebro de algunos poetas simplistas, entre la muchedumbre de los desheredados. Ambos entraron en casa silenciosos, perdido cada cual en sus meditaciones.

En el laboratorio, donde entraron directamente, encontraron á Sceurette, que, ante una mesita, copiaba en paz un manuscrito de su hermano. Muchas veces se ponía un largo delantal azul, para servir de ayudante preparador en ciertos experimentos delicados. Cuando entraron, se con-

tentó con levantar la cabeza y sonreír, y volvió á su trabajo.

—¡Ah!—dijo Jordán tendiéndose en una butaca,—decididamente no hay para mí horas felices más que aquí: en medio de mis aparatos y de mis papelotes... En cuanto entro, vuelven á mi corazón la paz y la esperanza.

De una mirada cariñosa había pasado revista á la ancha estancia, como para tomar de nuevo posesión, reconocerse allí, bañarse en el buen olor, calmante y confortativo, del trabajo. Estaba abierta la ventana, el sol poniente entraba en una tibia caricia, mientras á lo lejos se veía brillar, entre los árboles, los tejados y las vidrieras de Beauclair.

—¡Qué inútil miseria todas esas disputas!—exclamó Jordán, mientras Lucas se paseaba con lento paso.—Después del almuerzo oía al cura y al maestro, asombrado de que se perdiera el tiempo, queriendo convencerse, cuando se está, como ellos, en los extremos de las cuestiones, y no se habla la misma lengua. Y note usted que no vienen aquí una sola vez sin volver idénticamente á las mismas discusiones, para quedar siempre como estaban... Luego, que desgraciado empeño el de encerrarse de esa manera en lo absoluto, y combatir á fuerza de argumentos contradictorios! Estoy por el doctor, que se divierte, reduciéndolos á la nada á los dos, solo con oponer el uno al otro. Lo mismo que ese Lange; ¿no dá pena ver á tan excelente sujeto, soñar tamañas majaderías, perderse en un error más manifiesto y más peligroso, porque camina al azar, despreciando la certidumbre?... No, decididamente, no comprendo la pasión política; las cosas que dice esa gente me parecen vacías de sentido razonable; las cuestiones más graves que suscitan, no son para mí más que acertijos, un pasatiempo; y no acabo de comprender que se den tan inútiles batallas, por tan menudos incidentes, cuando el descubrimiento de la más pequeña de las verdades cien-

tificas hace más por el progreso que cincuenta años de luchas sociales.

Lucas se echó á reír.

—Ahí tiene usted, usted mismo cae en lo absoluto... El hombre debe luchar, la política no es más que la necesidad que el hombre tiene de defender sus intereses, de asegurar la mayor felicidad posible.

—Tiene usted razón,—confesó Jordán con su candorosa buena fe.—Y acaso mi desdén de la política procede de un sordo remordimiento, por la ignorancia en que vivo, por mi gusto, respecto de los asuntos políticos de mi país... Pero con toda sinceridad, creo que soy un buen ciudadano, así y todo, encerrándome en mi laboratorio; pues cada cual sirve á la nación con la facultad de que dispone. Y los verdaderos revolucionarios, fíjese usted, los verdaderos hombres de acción, los que preparan para mañana más verdad, más justicia, son de seguro los sabios. Un gobierno pasa y cae, un pueblo crece, brilla, decae, ¡qué importa! Las verdades de la ciencia se transmiten, aumentan siempre, cada día con más luz y más certeza; el retroceso de un siglo no se cuenta, se vuelve á marchar hacia adelante, la humanidad camina al saber, pese á los obstáculos. Objetar que no se sabrá jamás todo, es una tontería; se trata de saber lo más posible, para llegar á la mayor ventura posible. Y siendo así, lo repito, cuan despreciables son los vaivenes políticos que apasionan á las naciones... Mientras se pone la salvación de un pueblo en sostener ó derribar un ministerio, el sabio es el verdadero dueño del mañana, el día que ilumina á la multitud con una nueva chispa de verdad. Cesará toda la injusticia, cuando toda la verdad se muestre.

Hubo una pausa; Sceurette había dejado la pluma y escuchaba. Después de fantasear algunos segundos, Jordán prosiguió, sin transición aparente:

—El trabajo ¡oh! el trabajo! yo le debo la vida. Ya veis que débil soy; recuerdo que mi madre tenía que envolver-